

¿Puede el destino conseguir que vuelva
el amor después de la fatalidad?

EL ÚLTIMO INVIERNO

3ª Edición

ENCARNA BERNAT

El Último Invierno

Encarna Bernat Saavedra

Primera edición: Junio 2010

Segunda edición: abril 2011

Tercera edición: Septiembre 2016

© Encarna Bernat Saavedra

www.encarna-bernat.blogspot.com.es

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada,
vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser
preferentemente concertada.

*A Juan, mi reflejo.
A mis hijas Lorena y Marta, mi razón de vivir.
Para José Luis y Eloina, siempre en mi corazón.*

A Leonor, in memoriam

Castillos de tristeza habitados por fantasmas. Cunas repletas de olvido, mares contruidos a base de lágrimas desbordantes de dolor, llanto de viejos... Habitadas en su interior por espectros, almas atrapadas en el pasado, cuerpos que ni siquiera son la sombra de lo que han sido. Frío, mucho frío y soledad, una inmensa y exasperante soledad llenan los días de los que allí habitan. Te busco entre todos los rostros llenos de amar gura, de arrugas que fueron instalándose por todo el cuerpo. Manos temblorosas, voces apagadas... Miro los cabellos plateados, busco acaso un gesto, cualquier detalle, un perfil. Pero no te encuentro y me desespero, porque veo ojos sin vida, y me miran implorando que llegue el final o acaso una alegría, algo que para bien o para mal, cambie sus vidas y los saque de esta brutal monotonía. Observo sus caras llenas de sufrimiento y mi desespero aumenta porque no te veo. Entonces contribuyo a hacer que ese inmenso océano de lágrimas crezca un poco más, y resbala por mis mejillas un llanto inconsolable. Comprendo que te he perdido, porque aunque te vuelva a ver sé que no me reconocerás, y si lo haces, será tan solo un instante. Sé que no tendré tiempo de decirte nada, y te habrás marchado para siempre, si no lo has hecho ya.

Encarna Bernat

Aquella mañana la televisión anunciaba que la ciudad de Milán amanecía cubierta por un gran manto blanco de nieve. En Florencia, donde yo me encontraba, en cambio, se esperaban fuertes lluvias para el resto de la semana. En aquel momento aquello era la noticia del día, junto al descenso tan brusco de las temperaturas. La enorme avenida era un ir y venir de gente, un mar de caras donde todas las personas a las que veía caminaban abrigadas y con prisa de llegar a donde quisiera que fuesen. Por suerte para mí, era un domingo, no necesitaba salir a ninguna parte. Algo que por otro lado agradecí. Una vez más, me sentía un ser privilegiado. Fuera debía de hacer un frío espantoso, el cristal se empañaba con mi respiración y la calefacción estuvo funcionando toda la noche. Tenía que corregir unos trabajos de la facultad, era una maravilla poder trabajar en casa. El destino me había llevado hasta allí, hasta aquella ciudad a la que tanto quería y de la que me enamoré desde el primer momento en que pisé su suelo años atrás. Florencia tenía magia. Podías pasear por sus calles y respirar el arte por donde fueras, sentirlo allá donde posaras la mirada.

Apagué la televisión y me puse música, esta vez elegí a Chopin. Me relajaba escuchar las notas de su piano mientras corregía. En aquel momento, lejos de España, lejos de todo, me sentía tranquila. Era un día cualquiera, en una vida cualquiera como tantas otras. No tenía nada de especial pero durante mi estancia en Florencia, en el poco tiempo que llevaba, me sentía bien dentro de mi rutina. Tenía mi orden establecido. El apartamento que alquilé, al principio de llegar, estaba cerca de la facultad, lo que suponía una ventaja para mí. Coloqué una taza de café bien caliente sobre la mesa de trabajo después de vestirme con ropa informal, quería sentirme cómoda. Sentada en la butaca comen-

cé a leer las reseñas de la asignatura de Arte de segundo curso; el tema era libre, solo pedía que estuviera relacionado con la pintura. En caso de ser italiana, la época que pedía era el Renacimiento; también les di la opción a mis alumnos de poder escoger algún pintor español.

Cuando llevaba ya un buen rato sumergida corrigiendo trabajos, me quedé sorprendida. De entre todos mis alumnos solo uno de ellos había hecho el trabajo sobre Velázquez, el título era «Lo feo y lo grotesco en la obra de Velázquez», de Kiara Carrici.

Aquel trabajo llegó a mis manos, y hubiera sido uno más, si ese no fuera el título de mi tesis doctoral. Respiré hondo y me quedé mirando las letras como si intentara buscar un significado a todo aquello. Aquel trabajo, que ahora tenía ante mis ojos, me había devuelto a una realidad hasta entonces casi olvidada para mí.

El escrito era de Kiara, una de mis mejores alumnas. Pasaron unos minutos y volví a la realidad sintiendo las lágrimas resbalar por mis mejillas. La música seguía sonando, me quedé pensativa. La vida continuaba. Nada se había detenido, ni en aquel momento ni en ningún otro. Fuera, en la calle, la lluvia persistía, cada vez lo hacía con más fuerza, golpeando constantemente los cristales. La avenida era un ir y venir de paraguas, predominaban los colores típicos de aquellos días de frío tan característicos, el marrón, el gris y el negro sobre todo. Atrás quedaban los días de primavera donde todo se engalana, las gentes con colores llamativos, los escaparates, hasta el cielo se vestía de un azul más intenso en aquella época del año. La ciudad entera se llenaba de vida e invitaba a caminar por cualquier calle y disfrutar de la buena temperatura. En cambio, ahora parecía adormecida o recién acabada de levantar. Los días son más oscuros en invierno, la gente sonríe menos. ¿Qué había sido de mi vida? Por primera vez en mucho tiempo

me di cuenta de lo deprisa que pasa todo; cuando nos parece que el dolor se va a instalar para siempre en nuestras vidas, y en cierta manera así es, te das cuenta de que ya todo ha pasado y de que nada volverá a ser igual que antes. Llevaba ya unos meses en Florencia y ver el trabajo de mi alumna sobre la mesa me hizo pensar, me hizo recordar lo que viví poco antes de dejar España...

Todas las mañanas subía al tren que me llevaba de camino a la ciudad, para más tarde coger el autobús con objeto de llegar hasta la universidad. Recuerdo las mañanas de invierno de pie, esperando a que llegara la locomotora que me llevaría a otra provincia, lejos de mi ciudad. Recuerdo los madrugones para poder asistir a las clases que tenía a primera hora.

Mi universidad tenía buena fama en cuanto a su nivel académico. Y así, el tiempo que duró mi formación universitaria, día tras día, mi vida transcurría entre la estación de tren y la facultad, donde pasaba casi todo el tiempo entre clases, trabajos y tutorías, con las pertinentes colas en la puerta del despacho del profesor de turno. El ferrocarril siempre me ha hecho recordar cosas que, si bien nunca he olvidado, han permanecido bajo el efecto de la ensoñación. Le recuerdo como si fuera ayer mismo. Sobre todo, cuando escucho el sonido de algún tren en la lejanía acercarse hasta mí. Le recuerdo de pie con el silbato en sus grandes y fuertes manos. Su uniforme siempre impecable.

Mis padres tuvieron que cambiar de ciudad por razones de trabajo, así que las vacaciones las pasábamos con mis abuelos maternos. Recuerdo el olor a aceite de oliva impregnando toda la casa, la tibieza de aquellos cuerpos cargados de años, ¡con qué amor y con qué ternura nos abrazaban cuando llegábamos! Todo se llenaba de risas, de alboroto infantil. Pasar las vacaciones con ellos era como visitar otro mundo, acostumbrada como estaba yo a vivir en la ciudad. Allí todo cobraba nuevas dimensiones. La vivienda de mis abuelos era la típica casa valenciana, tenía dos alturas, a mí me parecía que era la más grande y bonita del pueblo. Cuando llovía, mi abuela solía poner una madera para que el agua no se colase adentro.

Mi abuelo trabajaba en los ferrocarriles, era capataz. Nos decía, sin nosotros comprender el significado, que prefería el humo a la escarcha. Con el tiempo supe que cuando nevaba, y en Bañeres por aquel entonces nevaba mucho, él tenía que salir con sus trabajadores a despejar las vías para que el tren pudiera pasar sin ningún tipo de problema. Le recuerdo con el rostro serio, pero aunque estuviera cansado, siempre tenía una sonrisa para mí y yo lo quería, no solo por eso sino por muchas cosas más. Siempre que iba al pueblo a pasar unos días con ellos, al doblar la esquina, allí estaba él esperándome con una enorme sonrisa dibujada en la cara. A mí me parecía que aquella sonrisa llenaba todo mi universo infantil. Que la calle se hacía más grande cuando le veía frente a mí, sonriendo. Llegó el día en que no había nadie. Nadie aguardaba mi llegada en la esquina como siempre. Entonces me di cuenta de que nunca más volvería a verle. Y aquel día, simplemente me hice mayor. Supe lo que aquello significaría a partir de ahí en adelante en mi vida. Desde entonces, cada vez que subo a un tren no puedo evitar acordarme de mi abuelo, de todo lo que me enseñó, de lo mucho que aprendí a su lado.

En el vagón, los días que el tren no iba muy lleno, me dedicaba a leer o a repasar algunos textos que más tarde debatiríamos en clase. A veces, era del todo imposible poder sacar siquiera una hoja de papel, el tren iba atestado de gente y apenas si podía moverme. Mucho menos sacar apuntes. Pero cuando la afluencia de gente no era excesiva, cosa que solía ocurrir a la vuelta de las clases, me lo podía permitir y me venía muy bien ese pequeño desahogo. Recuerdo perfectamente el libro que comencé a leer en primero de carrera, lo vi recomendado en una revista literaria, El magazine cultural. Me pareció muy interesante, así que decidí acercarme a mi librería de siempre y comprarlo. Muy pocas veces adquiría libros fuera de allí, me gustaba el trato de los dependientes y casi siempre que me aconseja-

ban una obra, daban en la diana. Los libros estaban colocados en los estantes, por temática. Las novedades se apilaban unas sobre otras en montones bastante considerables. Los muchísimos ejemplares se encontraban colocados en dos columnas enormes giratorias situadas una frente a la otra. Aquel olor a papel me encantaba, aspiraba su aroma y me hacía sentir bien. El libro en cuestión era uno de relatos, el único que he releído en toda mi vida. La tercera narración me gustaba especialmente. Se titulaba Luisa.

Algo se rompió dentro de ella aquella mañana, comprendió que su vida estallaba en su interior en mil pedazos, era como si hasta aquel momento, no se hubiera parado a pensar en nada. De repente se estremeció ante la clara visión de cuanto sucedía a su alrededor, solo entonces se dio cuenta de que era vieja. Era como si hasta aquel instante no tuviera conciencia de que había envejecido. Veía pasar el tiempo pero no se daba cuenta de lo deprisa que pasa la vida, más deprisa de lo que en realidad nos gustaría. Se le había oscurecido por momentos la luz del día, la débil luz de aquella mañana lluviosa, triste, como ella. Se sintió más torpe que de costumbre. Cogió su bata azul colgada en una percha de madera detrás de la puerta, se calzó las pequeñas zapatillas de lana, forradas de blanca piel de borrego, se puso la bata, la sujetó cruzada con una mano, con lo que se sintió confortable y arropada, y se dirigió a la cocina para desayunar. Por un momento se quedó indecisa, se lo pensó mejor y decidió asearse un poco primero. Abrió la puerta del armario blanco colocado encima del pequeño lavabo, sacó el cepillo ya desgastado por el uso y cuando volvió a cerrar la puerta tuvo ante sí la imagen de una desconocida que se parecía algo a ella pero que era imposible pensar siquiera que fuese la misma persona.

Cuando Luisa se miró en el espejo, su rostro quedó desencajado, tenía frente a ella a una mujer vieja, sus ojos estaban rodeados de aquellas arrugas que se habían ido uniendo a ella con el paso del tiempo, y ya no reflejaban el brillo de antaño. Su mirada se le había ido apagando poco a poco, no había ni tan siquiera una chispa de luz. Sus labios, antes firmes y sonrosados, tiernos, eran ahora secos y estaban agrietados por el frío. En las comisuras surcaban varias arrugas que se acentuaban al sonreír. Tenía frente a

ella a una desconocida. Su frente ceñuda marcaba, al igual que el resto de su cara, las expresiones cotidianas; los días de vino y rosas se habían terminado para ella. En un instante llegó hasta ella la fugaz visión de toda su vida resumida en los hechos más importantes, ante ella volvió la imagen de una Luisa de largas trenzas y cara pecosilla, una niña de ocho años de piel suave y tersa. Olió el aroma de la ropa acabada de planchar. Recordó la escena familiar del desayuno, el olor a tostadas recién hechas, el fuerte aroma del café.

Se deslizó hasta ella la visión de los campos de trigo meciéndose al compás del viento, sintió en su piel las sábanas blancas que su madre usaba en todas las camas de la casa. Qué frías estaban al entrar en contacto con ellas. Volvió a su memoria toda su infancia y toda su adolescencia, sintió las prisas por no llegar tarde al colegio, colarse el frío en sus piernas a través de los agujeros en sus calcetines, y el uniforme, aquel sencillo uniforme a cuadros rojos y azules hecho de paño. En la imagen del espejo Luisa ya era toda una mujer a los dieciocho años. Habían pasado diez y había desaparecido el uniforme; aún era joven, pensó. Se veía reflejada, sus trenzas habían desaparecido, su pelo era largo y lacio, tan rubio como lo había sido siempre. Su piel seguía siendo suave y tersa como la de cualquier chica de su edad.

Recordó la impaciencia ante la espera de las amigas que se retrasaban, las risas, la despreocupación, la fantasía, el no tener apenas tiempo para nada, el no parar en casa, los sueños propios de esa edad, tantas y tantas ilusiones, sin saber que muchas de ellas se quedarían en el camino junto con tantos y tantos sueños. Recordó la primera cita y los nervios a consecuencia de ella, el primer beso, la primera caricia a escondidas de los ojos maliciosos de la gente; sintió por primera vez el calor de otro cuerpo adentrarse en el suyo, invadirlo súbitamente, el primer sentimiento de

una mujer. Aquella Luisa se casó y ante el espejo se reflejó la felicidad. Acto seguido aquel reflejo desapareció para ver en él la angustia al saberse estéril. Se sintió como un libro sin páginas, desgraciada y hueca como una muñeca de cartón. A Luisa se le escapó el tiempo de las manos, algo se quebró en su interior, llegó el vacío, y la incomunicación llenó por completo su vida y ocupó enteramente sus días. Dejaron de amarse dos personas para reprocharse el uno al otro las faltas de cada cual. Al morir su marido se volvió a ver ante el espejo con treinta y nueve años y viuda. Recordó los días llenos de soledad, los paseos en el parque viendo caminar a las madres con sus hijos, a las parejas amándose en cualquier lugar, ocultos de las miradas curiosas. Recordó todos los paseos de vuelta a casa sola, siempre sola. Le acudieron a la memoria los días llenos de silencio y risas ahogadas de no saber qué hacer y de no decir nada, y tan fugaz como vino se fue aquella esporádica visión; se miró sin apenas parpadear y volvió a ver a aquella mujer sin rostro definido, sin llegar a creer que algo tan real como la vida misma le podía estar pasando a ella. Su rostro ahora era seco y el tiempo había esculpido en él la huella de su paso. Su pelo, blanco y corto; sus largas trenzas habían desaparecido. Levantó la vista y en tono altivo miró su propia imagen por encima del hombro. Aquel horrible reflejo salió del pequeño cuarto de baño y de camino al comedor se quedó pensativa. Con la mano izquierda descorrió la cortina para dejar al descubierto uno de los grandes cristales del ventanal. Seguía meditativa mientras miraba tras el cristal cómo la lluvia caía incesantemente, las hojas de los árboles se agitaban al viento en aquella fría y gris mañana de otoño. Se empañó el cristal debido a su respiración, sintió frío y se estremeció, alzó la mirada al cielo gris y plomizo, se quedó embelesada mirando por completo aquel fascinante entorno y alcanzó a comprender que había llegado su hora.

Sí, a ella también. Se sintió preparada para emprender el vuelo. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas y al caer al suelo se convirtieron en dos rosas blancas. En ese instante, embargada por la felicidad de cuanto le sucedía en aquel momento, comprendió que nunca había estado sola, si acaso ciega ante su egoísmo. Su rostro había adoptado una expresión de dulzura, por un instante sus ojos volvieron a brillar como antaño y lanzando un pequeño suspiro se fue en busca de su jardín y no paró hasta llegar a encontrarlo, convirtiéndose ya en parte de él para siempre. Dos días después la asistente encontró a Luisa, en un sillón del comedor, muerta, con una sonrisa en los labios. A sus pies había dos pequeñas rosas blancas, en la mano le quedó el viejo cepillo desgastado por el uso diario, nunca volvió a ver la asistente de Luisa flores más hermosas que las que encontró junto a aquel pequeño cuerpo sin vida; eran parte de ella, de Luisa.